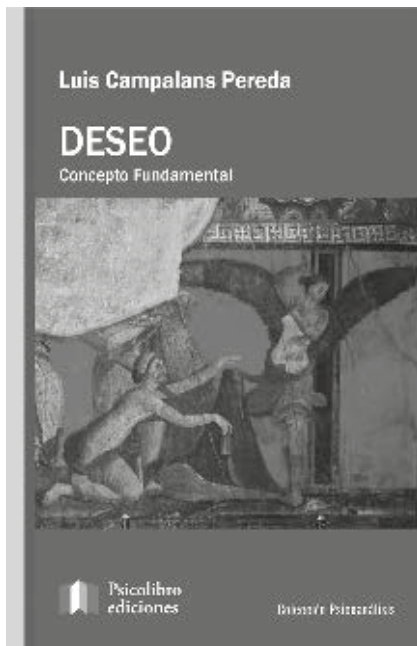


RESEÑA DE LIBRO

*Deseo. Concepto fundamental*¹



JAVIER GARCÍA CASTIÑEIRAS²



Titulado *Deseo*, a secas. El subtítulo: *Concepto fundamental*, logra reforzar lo enunciado en el título, haciendo más a secas aún la palabra *deseo*. Convengamos que el concepto de deseo en psicoanálisis es de uso frecuente, pero ¿cuántos libros recuerdan ustedes que lleven como título *Deseo* a secas?

Al leer el libro verán que esto tiene sus motivos: la columna vertebral que atraviesa, sostiene y articula el texto es el deseo, y el cuerpo que lo sostiene contiene los grandes conceptos del psicoanálisis en su acoplamiento: fantasía, inconsciente, interpretación, sujeto, repetición, pulsión, amor, goce, transferencia. Además de letras de canciones, poemas y epitafios que le permiten abrirse a otras formas de decir del deseo, aparte de potenciar y refrescar la lectura.

Con el subtítulo *Concepto fundamental*, el autor no solo hace un recorrido solvente del concepto de deseo en psicoanálisis, tanto en Freud como particularmente en Lacan, sino que además sostiene a lo largo del libro una propuesta del deseo como concepto fundamental al situarlo como piedra funda-

- 1 Campalans, L. (2018). *Deseo. Concepto fundamental*. Buenos Aires: Psicolibros.
- 2 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. jgarcia@cast@gmail.com

cional que soporta, con otras, el edificio teórico o el campo discursivo del psicoanálisis. Lo que es discutible, ciertamente, porque el deseo es des-construible en conceptos más básicos como el de inconsciente, el de pulsión, incluso el de represión originaria, los cuales podrían considerarse referentes en que se funda el deseo, cimientos o fundamentos que lo sostienen.

Sin embargo, coincido con Luis en que proponerlo como concepto fundamental es productivo, dado que sostiene la zona epistémica creada por el psicoanálisis entre la excitación real, el *reitz* del que habló Freud y el signo o, mejor, significativo.

Pero sostener el deseo a secas hoy como concepto fundamental del psicoanálisis es, además, un acto de «resistencia» —la resistencia de los partisanos, no la resistencia psicoanalítica—. Quiero decir, a contrapelo de la demanda cultural sobre el psicoanálisis que le requiere formas pedagógicas, psicoterapéuticas, adecuadas a lo que se categoriza como «salud mental» y especialmente centradas en el conocimiento y las conductas.

A grandes rasgos, el autor plantea cómo delimitar y especificar el concepto de deseo en psicoanálisis:

- No se trata de un deseo biológico o natural ni de uno filosófico.
- Se trata del deseo inconsciente, pero también del deseo como sinónimo de lo inconsciente.

- El deseo tiene como característica la «otredad» o ajenidad.

Ya desde la definición freudiana de deseo, que el autor recorre finamente en un retorno, el deseo sexual e inconsciente se encuentra en un estado de «no realización». Su cumplimiento solo puede ser alucinatorio. No se trata del reencuentro de un objeto perdido, sino de la re-activación de una huella-significante. La diferencia entre lo esperado y lo encontrado, dice Freud, relanza la búsqueda. Pero el objeto de reencuentro en esa búsqueda siempre es un sustituto metonímico que deja un resto, lo cual hace al deseo indestructible por irrealizable o de satisfacción imposible.

Esta forma de pensar el caso de Freud con conceptos estructurales de Lacan permite ver que no es el objeto lo que mueve al deseo, sino que el deseo es deseo de deseo, lo que implica una estructura al menos ternaria (p. 76), o una vuelta al concepto de Edipo en Freud desde los aportes de Lacan. Desde esta perspectiva estructural, no hay un objeto de deseo primero ni un deseo primero o innato, sino que el deseo es consecuente a la prohibición, es un efecto de Ley (p. 79), y su objeto es otro deseo, no un objeto.

Lo que apoya una idea de des-centramiento y des-encuentro. Des-encuentro en la articulación misma de sujeto, objeto, deseo y fantasías. Esto se contrapone a una lectura en la que todo tiende a cerrar, sin

pérdida, y a surgir desde un todo inicial completo: narcisismo primario. Entonces, el deseo surge desde la falta y nunca llega a encontrar su satisfacción. Por el contrario, hay desencuentros, in-ade cuaciones y satisfacciones parciales, con resto. Condición que también marca la concepción de fin del análisis.

Así, la importancia del lugar dado a la falta y a la pérdida es muy decisiva para la experiencia analítica. Luis (p. 177) cita a Lacan en el *Seminario 10*, a propósito de que la falta es esencial para el psicoanálisis. Si se desconoce su lugar central en el deseo ya no se está en el campo psicoanalítico. No es tan esencial cómo se conciba la falta —dice el autor—, ya sea como falta, como «posición depresiva», como «amor primario», como «carencia básica», siempre que se la ubique como pérdida irreversible. Tampoco —dice— es esencial que se la conceptualice, sino que se la sostenga en análisis (p. 177).

Con respecto a la relación entre deseo y goce hecha por el autor, resaltaré especialmente el acento en des- armar una frecuente falsa oposición deseo *versus* goce (p. 202), que incluye muchas veces un sesgo moral. La castración establece esa línea divisoria entre goce y deseo, aunque paradójicamente también los une, ya que el deseo castra al goce que queda como imposible (p. 199). No obstante, en el origen del deseo y en su horizonte, podemos habérnosla con el goce. Lo cual da

la pauta de que todo recorrido del deseo lleva su *reitz* de goce tan irrealizable como irrenunciable.

Respecto a la sublimación, el autor dice que «[e]l objeto implicado en la sublimación supone un anudamiento entre amor, deseo y goce».

Así, toda esta idea de descentramiento —a partir de priorizar el deseo— supone también un cambio en la noción de interpretación. Consecuente también con que lo inconsciente no se supone como un ente que existe tapado en una oscura bolsa. No es un existente, sino, por el contrario, un efecto de algo que se produce como sustracción de significantes en el discurso por represión. Y es, precisamente, en la interpretación en que se pueden ofertar esos significantes ausentes.

Situándonos pues lejos de una idea de interpretación mutativa, o de interpretación de sentidos. Quiere decir que esos significantes ofertados o señalados son el deseo mismo.

El capítulo final del libro trata sobre el deseo del analista, a mi modo de ver un punto de capitón de muchas de las ideas de Luis Campalans. En este capítulo, se dedica a pensar la función del analista en términos de deseo y a des- centrar dicha función del saber académico de las teorías.

En este último capítulo además se trabaja la relación entre deseo y culpa. Esta última es también una señal de deseo. El deseo, la ley y la culpa se anudan, como

lo trae Freud en *Tótem y tabú* (p. 293). Pero también como lo trae Lacan cuando dice que «[l]a única cosa de la que se puede ser culpable es de haber cedido en su deseo, lo cual conlleva cierta dimensión de traición, de traición a sí mismo, a menudo en el nombre del Bien» (p. 298).

Ya en el final del libro, nos reencontramos con algo que se venía esbozando en algunos párrafos de capítulos anteriores. La relación del deseo con el goce en la cultura actual y su impacto en los analistas, cómo hoy tienden a olvidar o desconocer

la esencia conflictiva del deseo freudiano y a creer que «trabajan en el orden de las necesidades y del principio de placer como normalizante» (p. 306). Si los analistas, en cambio, sabemos apreciar el malestar del deseo haciendo brecha y resistencia a la normalización y no actuamos como orientadores-educadores-adaptadores a la realidad y normalidad, podremos mantener esa brecha, esa tensión de diferencia (para decirlo en términos de Derrida), la vigencia del psicoanálisis como peste, esto es: su eficacia ♦